

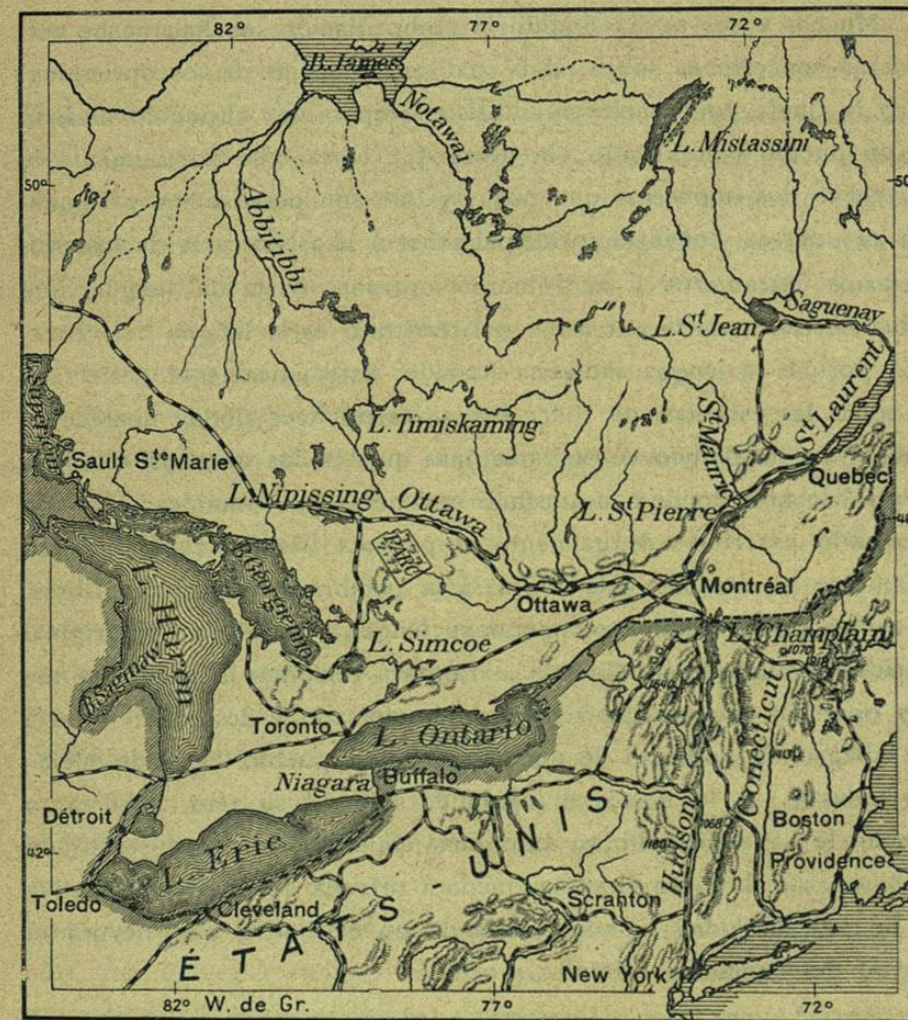
tar el trono, y, después de aquella época, por la adulatora y funestísima distinción que les concedieron los soberanos de Inglaterra, colocándolos en primera fila para hacerles morir en su servicio. Vestidos con el más bello uniforme militar, los Highlanders se ven obligados á ser los más bravos, y lo son en efecto; la estadística de las batallas demuestra que en los combates se distinguen por la mayor proporción de los muertos ¹, y en la guerra sud-africana, en Maggersfontein, por ejemplo, ese excedente de muerte violenta fué todavía doblado.

Al oeste de la Gran Bretaña, el mar de San Jorge, más que un límite natural, es una zona de separación. No solamente Irlanda ha quedado siendo una tierra materialmente distinta de la gran isla que tiene á oriente, sino que es, por la voluntad de sus habitantes y por el espíritu nacional, rebelde á la unión política proclamada hace siglos. Odianse de una parte y de otra, aunque los cruzamientos de raza hayan sido realmente tan numerosos que sería ya imposible establecer los orígenes familiares, tan grande ha sido el número de colonos ingleses que se han domiciliado en Irlanda y tantos inmigrantes Irlandeses han buscado fortuna en Inglaterra. Pero sean cuales fueren las mezclas desde el punto de vista de la sangre, el clima, el suelo y todo el medio de la «verde Erin» obran sobre los insulares con tanta energía, que el Irlandés nativo, aunque sea de origen anglo-sajón y puramente inglés por la lengua, la cultura y las relaciones con el resto del mundo, no deja de ser un enemigo natural de los Ingleses y reivindica la independencia política de Irlanda, arrebatada á sus compatriotas de elección por sus propios antepasados. Por otra parte los Ingleses sienten un odio instintivo, un desdén espontáneo hacia el *Paddy*, más pobre que ellos, que halla en los más humildes barrios de sus ciudades: para reaccionar contra esa antipatía natural, el hombre inteligente necesita hacer un esfuerzo de voluntad. Se comprende fácilmente que así sea, considerando que los Ingleses, como nación, tienen sobre sí culpas hereditarias respecto de Irlanda, calificada casi irónicamente de «Isla hermana»; y el ofensor detesta siempre al ofendido. Y

¹ Patrick Geddes, *Notas manuscritas*.

sin embargo, ¡cuánto debe Inglaterra á su despreciada vasalla! ¡Cuán frecuentemente ha debido admirar el entusiasmo y la facundia de los oradores de ultra-canal, qué tesoros de elocuencia ha

N.º 524. Canadá Oriental.



prodigado el genio de los Sterne, de los Swift, de los Sheridan enriqueciendo la literatura inglesa, y cuántas batallas ganadas por el espíritu batallador de los Irlandeses! He aquí el testimonio que ofrece Wellington: «Á los católicos irlandeses debemos principal-

mente nuestra gran superioridad en la carrera de las armas, y á ellos soy deudor de los laureles con que os habéis complacido coronar mi frente». Al conducir á *Paddy* á la conquista del mundo, Inglaterra aseguraba á la vez su propia gloria y la tranquilidad en los miserables campos de Irlanda.

Muchas veces se ha fingido la reconciliación; se han hecho verdaderas concesiones sobre tal ó cual de las quejas de los oprimidos; pero la queja por excelencia subsiste irreparable: el pueblo de Erin es un pueblo conquistado; la tierra que labra sólo parcialmente le pertenece: los impuestos que paga, y que son pesadísimos y aumentan su pobreza, benefician principalmente á la aristocracia de los propietarios extranjeros y al gobierno opresor; hasta la lengua que habla en casi toda la extensión del territorio es la lengua del vencedor, porque la lengua indígena ha sido sistemáticamente desterrada de todas las escuelas, de todos los sitios públicos donde aparece el amo, y no ha podido conservarse más que en los distritos relativamente bárbaros donde han quedado casi nulas las comunicaciones con el mundo exterior. Actualmente el patriota irlandés reivindica, no solamente su derecho á la tierra, á la palabra y á la acción libres, sino que quiere también recuperar su lengua y estudia en el original la rica literatura de los abuelos. ¿Logrará remontar la pendiente que una opresión varias veces secular le ha forzado á descender? Sería un milagro de voluntad de que ningún otro pueblo ha dado ejemplo todavía. A lo menos el oprimido sujeta á su amo, y en tanto que no le haya devuelto su autonomía, mientras no haya recobrado su *home-rule*, la Gran Bretaña quedará privada de su libre iniciativa en la gran actividad mundial. Irlanda es el buitres que devora el cuerpo del Prometeo británico.

No reconciliada todavía con la población de la isla vecina, la Gran Bretaña procura formar una nación con sus «hijas», las colonias exparcidas por el mundo. Los patriotas ambicionan la unión de todos esos países en una estrecha federación constituyendo una «Bretaña mayor», tipo de nacionalidad como el mundo no ha visto aún y que al menos tendría la incontestable superioridad de reposar únicamente sobre la libre participación de las naciones interesadas.

La gran encina extendería su sombra sobre toda la tierra, arraigada en el suelo de los continentes y de las islas. Esta unión sería tanto más bella cuanto que sucedería á una verdadera independencia política de cada una de esas colonias alejadas de la metrópoli. Aunque todavía unidas de nombre á la potencia que las fundó, ni las provincias canadienses, ni las colonias de los mares australes son gobernadas por el Parlamento que se reúne en Westminster: en realidad, á pesar del nombre de colonias, son Estados independientes. La munificencia de Inglaterra, que deja con benévola gracia á algunas de sus posesiones el ejercicio de su autonomía, se ha considerado como efecto de una admirable prudencia política; más sencillo y verdadero sería reconocer el caso como testimonio de la necesidad de las cosas, porque el gobierno inglés no podría obrar de otro modo sin peligro de fracaso en que perdería el Canadá y los diversos Estados federados desde 1901 en una «commonwealth» australiana, como perdió las colonias americanas del litoral atlántico. Para permanecer en la verdad, basta alabar la prudencia de los hombres de Estado que han sabido conformarse tranquilamente con el destino. Una nación que sólo dispone de un corto ejército, nada puede contra otra nación moralmente unida, y que al privilegio de ser protegida por la enormidad de las distancias, junta el de poseer un territorio inmenso, grandes recursos locales y la conciencia de su fuerza.

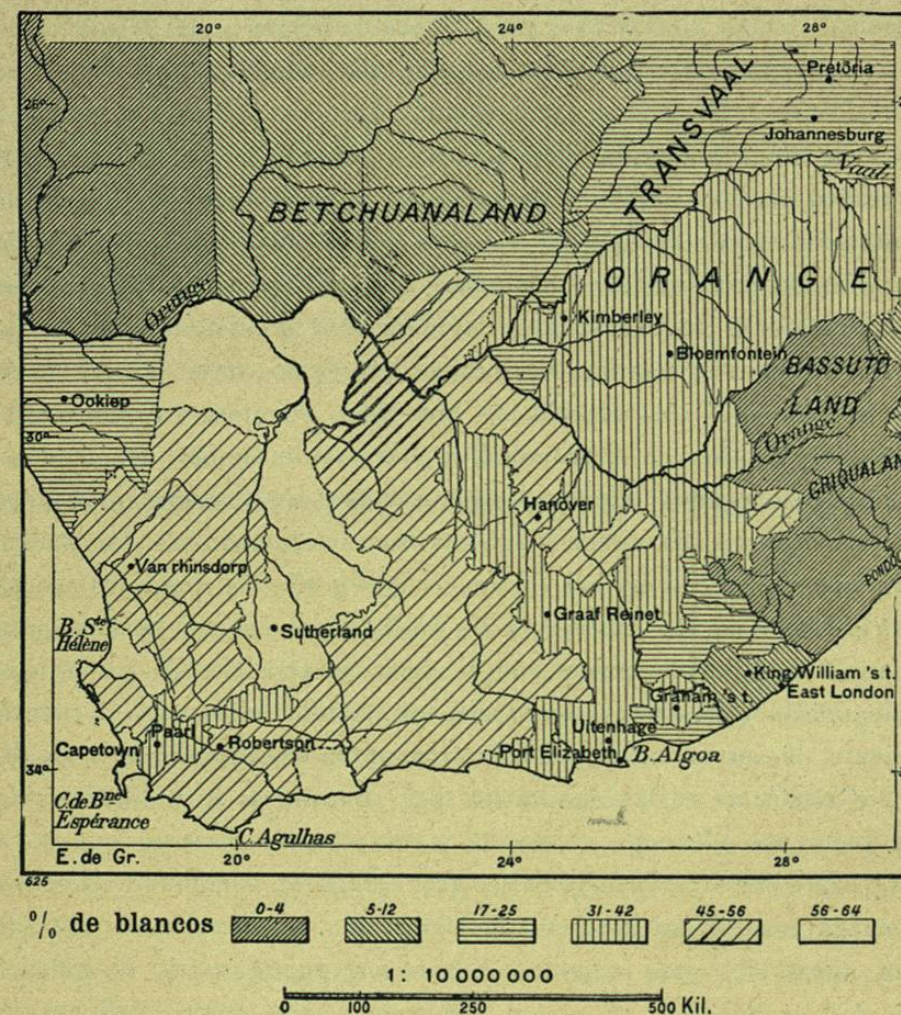
Las colonias poderosas son, pues, deudoras de su independencia á su propio valor moral. Se gobiernan por sí mismas porque pueden hacer frente á los erigidos en amos, pero emplean una singular cortesía en sus relaciones con la nación que ejerce el señorío feudal. Así, por ejemplo, cuando las diversas partes del Canadá se constituyeron en Estados, pidieron graciosamente á la reina Victoria que les indicara el sitio de su capital, y el lugar en que actualmente se eleva la ciudad de Ottawa les fué designado por un gesto real. Sin embargo, el inmenso territorio conocido desde entonces con el nombre de «Potencia» ó «Dominion», sólo depende de Inglaterra de una manera efectiva por el sostenimiento de dos pequeñas guarniciones, una sobre la orilla oriental, en Halifax, otra sobre la costa del Pacífico, en Esquimault; además un personaje decorativo repre-

senta Su Majestad el soberano cerca del Parlamento. En Australia, en la Nueva Zelanda, colonias casi completamente británicas por el origen de su población, la unión simpática con la madre patria es mucho menos cordial que en el Canadá, donde la vecindad de los Estados Unidos crea una situación especial, y las formas de la dominación inglesa pueden ser consideradas como puramente simbólicas.

Muy diferente es lo que sucede en las colonias del Africa meridional, donde, sin hablar de los Hindus y de los Chinos «ajustados» para el trabajo de las minas, el problema de las razas se presenta en toda su gravedad y la autonomía de las dos colonias del Cabo y de Natal reviste peligros especiales. En el inmenso territorio que se extiende desde el Cabo hasta la cuenca del Zambeze es la población algo más de un millón de habitantes y pertenecen á dos razas que separan algunos siglos de evolución divergente y el recuerdo de cien años de luchas y de daños causados recíprocamente: de un lado los descendientes de los colonos holandeses, Afrikanders y Boers, del otro los Ingleses y Escoceses de inmigración reciente. Los unos son campesinos y agricultores, los otros, atraídos por los yacimientos de oro y de diamantes, son mineros, industriales, comerciantes y constructores de ciudades; ninguna simpatía común — excepto el odio á los negros — une á esos trabajadores entremezclados por las necesidades de la vida. Al lado de ese millón de hombres, formando dos poblaciones de la misma importancia numérica, viven cinco ó seis millones de negros, Bantus inteligentes, que se han dado cuenta *de visu* de la fuerza y de la debilidad de sus dominadores. ¿Cómo no ha de desarrollarse en ellos la idea del «ethiopianismo», el Africa para las razas indígenas? Ese ideal, nacido entre los negros de los Estados Unidos, es insensato por el momento, pero, bajo formas nuevas, interesará á las generaciones venideras. Además, ¡qué tentación para los blancos, que poseen hoy la fuerza, explotar y asesinar á su antojo esos aborrecidos Cafres! Una iniciativa demasiado grande dejada á los colonos del Africa austral no dejaría de provocar injusticias más graves que aquellas de que los Ingleses se han hecho culpables respecto de los Boers. De hecho, el gobierno de la Gran Bretaña se ve obligado á entretener todavía una parte considerable de su ejér-

cito en Africa para vigilar á los Boers vencidos, á los Afrikanders con veleidades de independencia, á los Cafres oprimidos y asegurar

N.º 525. Composición étnica del Africa del Sud.



Las estadísticas dan la cifra global de los blancos nacidos en las colonias: sin diferencia: entre Afrikanders é Ingleses. Entre los inmigrantes blancos admira contar 21,000 Rusos en el Cabo y en el Transvaal.

Entre la población de color, son notables los Hotentotes; en número de 90,000, no forman más del 20 % de los habitantes que hay en los distritos de Vanrhynsdorp (31,82 %), Sutherland, Ookiep (Namáqualand) y Hanover. Los Asiáticos (Hindus, Malayos, Chinos) son poco numerosos fuera de las ciudades del Cabo, de Port-Elizabeth, Kimberley y Johannesburg.

la « paz británica », hasta contrariando á sus compatriotas. Estas colonias sud-africanas no representan, pues, para Inglaterra un

aumento de fuerza, antes por el contrario, amenazan convertirse en una nueva y lejana Irlanda.

Tomadas en su conjunto, las verdaderas colonias británicas, es decir, las comarcas de la Tierra donde se han establecido en permanencia y como dueñas unas poblaciones de origen y de idioma ingleses, no representan por el número de sus individuos una parte tan considerable del mundo como podría hacerlo suponer la atención que se les presta en la historia contemporánea; esas colonias apenas exceden de doce millones de hombres, y están lejos de alcanzar la centésima parte del género humano, pero aprovechan el prestigio que les da el valor de su comercio, la autoridad de su industria, su omnipresencia por los viajes y la solidaridad política con Inglaterra, que, en caso necesario, les hubiera protegido antes por el envío de sus barcos. Una especie de organismo nervioso ha aumentado además el valor de esas colonias entre las naciones del mundo: durante la segunda mitad del siglo XIX la Gran Bretaña, gradual y silenciosamente, ha unido á su flota otro instrumento de dominación mundial uniendo á su isla la mayor parte de sus dependencias de Africa, de Asia, de Australia y de América por una red de hilos submarinos que, recientemente aún, le daba las primicias de las noticias telegráficas y le subordinaba todos los pueblos á los que el conocimiento de los hechos lejanos llegaba antes desnaturalizado y falso.

Grandísima es la importancia del continente Australiano desde el punto de vista de su acción, y la potencia material que da á Inglaterra por la influencia moral que agrega en el mundo á la forma llamada «anglo-sajona» de la civilización. Australia es una de las ramas del gran trípode «británico» puesto sobre el mundo. Verdad es que por su escasa población, unos cuatro millones de hombres en 1905, no puede compararse con la Gran Bretaña y la América del Norte; pero ha de considerarse aquí, menos el número de los individuos que las dimensiones y la situación geográfica del territorio, su posición dominante en todo el mundo oceánico, en el centro del inmenso hemisferio de las costas continentales. Australia es, por la lengua y por el modo de cultura anglo-sajona, un centro de radiación, lo mismo que Inglaterra y que los Estados Unidos. Gracias á Australia y á Nueva Zelanda, viajeros ingleses que

parten de Liverpool ó de Southampton pueden emprender la circunnavegación de la Tierra no deteniéndose más que en puertos británicos: Capetown ó Aden, Melbourne ó Colombo, Durban ó Sydney, Port-Stanley (Falkland ó Malouines) ó Santa Elena, pudiendo imaginarse que el inglés es la lengua del género humano. Es una ilusión, mas por lo mismo es un peligro, pero aumenta su audacia.

Las dudas crueles y persistentes recientemente experimentadas por el gobierno inglés en su empresa sud-africana, le obligaron á volverse suplicante hacia sus colonias pidiéndoles un apoyo moral y hasta contingentes de tropas y material de guerra. Conmovidas por este llamamiento que establecía á los ojos del mundo su creciente importancia política, y seducidas en gran parte por la fascinación siempre poderosísima del patriotismo pan-británico, las colonias autónomas se apresuraron á responder favorablemente á las peticiones de la madre patria; sin embargo, faltó mucho para que igualaran proporcionalmente los sacrificios de la misma Inglaterra y de la colonia del Cabo, vecina inmediata del teatro de la guerra: además esos sacrificios no fueron gratuitos, porque la metrópoli hubo de comprarlos muy caros, primeramente por una alta paga — el sueldo del voluntario colonial es cinco veces más elevado que el del *Tommy* inglés —, después por privilegios comerciales y hasta por una participación directa en la gerencia de los intereses comunes.

Aunque al principio del siglo XX la población total de las seis¹ «colonias» que se administran por sí mismas, representa solamente la quinta parte de los Ingleses del mundo entero, aunque algunos de esos Estados emancipados sólo agrupan una ínfima población — 200,000 habitantes de Terra Nova, 60,000 blancos en Natal (1901) —, esta fracción relativamente mínima de la «mayor Bretaña» ha recibido su parte de atribución en el consejo de la gran asociación: Ottawa, Melbourne, Wellington, Capetown, Saint-John, Pietermaritzburg participan ya, mucho más de lo consignado oficialmente, del derecho de iniciativa con el gabinete de Saint-James y el parlamento de Westminster. Á la política inglesa sucede la acción pan-británica, más lenta, más compleja, no más especialmente europea, pero dirigida por intereses mundiales.

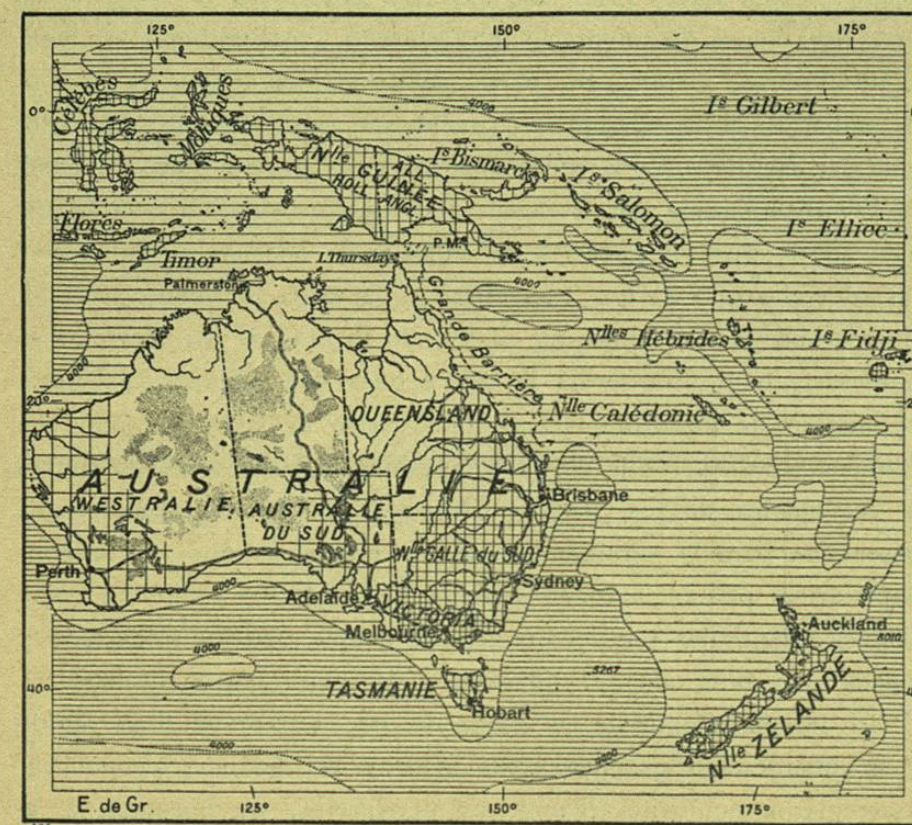
¹ Ocho, desde que se reconoció oficialmente la independencia al Transvaal y al Orange (1907).

Es natural que toda evolución histórica exceda su objeto: los personajes á quienes los acontecimientos han elevado como protagonistas del cambio, impulsados por la pasión de la idea que les anima, exageran su valor y tratan de hacer de ella una panacea para todos los males presentes y futuros. Pareció bueno y hasta indispensable, durante el período de ansiedad, recurrir á la colaboración de las colonias, y éstas, ganando diariamente en población y en recursos financieros y militares, prometiéronse para el porvenir una ayuda igualmente eficaz contra un poderoso rival, tal como Alemania, Rusia ó la República americana. Más aún: ¿no se podría preparar de antemano esta alianza ofensiva y defensiva en las relaciones comerciales esperando que pueda realizarse en los conflictos militares? Tal es el proyecto que los políticos han concebido y que parece haber seducido á los patriotas más ardientes. Pero esta idea, si hubiera de ser acogida por la Gran Bretaña y sus colonias, ¿no constituiría el más violento retroceso de toda la historia moderna de Inglaterra, una especie de traición hacia un pasado glorioso, el que había colocado á la nación inglesa en situación incomparable entre todas las de la Tierra como campeón de un movimiento de cambio, si no «libre», al menos libertado de muchas trabas y que confiere una especie de apostolado á los continuadores de la obra de Cobden? Verdad es que las colonias inglesas serían utilísimas asociadas en el comercio pan-británico; pero, por importantes que sean, no pueden tener la pretensión de igualar todo el resto del mundo.

Además, la tendencia natural de cada una de las colonias consiste en desarrollar su autonomía conforme á las condiciones especiales que le ha hecho su ambiente particular. La Tierra no se ha vuelto aún tan pequeña por efecto de la penetración mutua de las ideas y de los intereses para que el Canadá, el Cabo y la Australia, que se lanzan impetuosamente adelante en la vida, se sientan verdaderamente unas con su antigua madre de Europa: después de las demostraciones de amistad y de ternura, se prestan nuevamente á la tendencia natural que les inclina á seguir su propia vía, á desprenderse de su generadora. La unidad nacional entre metrópoli y colonias conservará todavía mucho tiempo su carácter religioso y tradicional, pero nada les impedirá afirmarse en manifestaciones di-

vergentes. Ya ha cambiado todo, y, cuando se ha atravesado el Atlántico ó el Pacífico, se reconoce fácilmente que «las Nuevas Inglaterras» apenas se parecen á la antigua.

N.º 526. Densidad de población de la Australasia.



1: 60 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

La densidad de población es casi inversamente proporcional á la dimensión de los cuadrados que cubren los territorios habitados; es decir, cada cuadrado representa de doce á quince mil habitantes.

La denominación Australasia comprende la Australia, la Nueva Zelanda, las islas Fidji, la Papuasias inglesa y las islas intermediarias.

P. M. en Papuasias — Port-Moresby. Véase pag. 46.

Tomemos Australia como ejemplo; Australia, cuyo primer destino fué el de simple exutorio de las cárceles del Reino Unido. Cuando se hizo evidente que aquel lugar de deportación se convertiría también en una colonia de población, la aristocracia inglesa, que hacía entonces la ley en el Parlamento británico, imaginó toda una